Desparramar el bálsamo (v. 18). Esta locucion parece impropia en el sentido que se emplea aquí, porque bálsamo es una sustancia que no se cree, al pronto, deba usarse en lugar de aroma, perfume. Sin embargo, obsérvese que lo que produce la sensacion llamada olor es la impresion que causan en nuestros órganos las partículas infinitamente pequeñas que se desprenden de los cuerpos odoríferos, y en este sentido no hay impropiedad en decir, que el aire desparrama bálsamo, esto es, los átomos de que se forma esa sustancia, la cual fluye de los troncos y ramas de varias plantas.

19 10h tiempo, y lo que vencen tus rigores!

20 Llega del año la estacion más cruda,

21 Y mostrando el invierno sus enojos,

22 Todo el campo desnuda

23 A vista de mis ojos, 24 Que ya lloran ausentes

25 Los pájaros, las flores y las fuentes,

26 En los que miro jay triste! retratados

27 Los gustos de la vida,

28 Por la mano del tiempo arrebatados,

29 Cuando helada quedó mi edad florida.

El pensamiento de estos versos es muy verdadero. Todo

hombre sensible ha experimentado cierta melancolía á la llegada del invierno, ha recordado sus ilusiones perdidas al ver esas hojas secas que arrastra el torbellino, al oir gemir el viento entre las ramas desnudas de los árboles, al sentir esa contraccion que produce el frio en todos los séres.

Colocado Navarrete en este punto de vista, comienza por una exclamacion melancólica (v. 19), una exclamacion que encierra en sí sola un mundo de recuerdos y desengaños. ¡Ay quien pudiera volver á aquellos dias de nuestra primera juventud en que el corazon vírgen, y la imaginacion lozana, encontraba do quiera la realizacion de estas dos palabras: amor y gloria!

Estas ideas son las que, naturalmente y sin esfuerzo, ocurren al poeta para continuar su composicion.

30 ¡Dulces momentos, aunque ya pasados,

31 A mi vida volved, cómo á esta selva

32 Han de volver las cantadoras aves,

33 Las vivas fuentes y las flores suaves, 34 Cuando el verano delicioso vuelval

35 ¡Mas ay! votos perdidos,

36 Que el corazon arroja

37 Al impulso mortal de mi congojal

38 Huyéronse los años más floridos,

39 Y la edad que no pára,

40 Allá se lleva mis mejores dias.....

41 Adios, pasadas, breves alegrías,

42 Qué ¿no volvéis siquier la dulce cara?.....

43 Áridas tierras, más que yo dichosas,

44 No así vosotras, que os enviando el cielo

45 Anuales primaveras deliciosas,

46 Se corona con mirtos y con rosas

47 La nueva juventud de vuestro suelo.

En el trozo anterior hay figuras bien aplicadas, locuciones felices, pensamientos profundos.

Las exclamaciones de los versos 30 á 37 son patéticas.

Edad que no pára (v. 39). Locucion que expresa con mucha vivacidad la continuacion fatal de los sucesos, el curso no interrumpido del tiempo que precipita todos los séres á un fin determinado, sin que haya fuerza imaginable que le detenga.

Persuadido el poeta de su destino, suspende sus quejas de una manera que produce muy buen efecto (v. 40), porque esa suspension supone el convencimiento de que aquellas quejas son inútiles, apelando despues al único recurso que en lo humano le queda, decir adios (v. 41) á sus perdidas esperanzas. La despedida de lo que amamos es el último momento de felicidad que nos liga con ello, es la transicion del bien al mal; pero transicion en que todavía hay bien, porque está presente el objeto de nuestros deseos: el viajero dice adios á las playas natales hasta

que las pierde de vista; el amante saluda á su querida miéntras que el espacio no la oculta á sus ojos.

Continuando el poeta la expresion de sus sentimientos, por medio de una gradacion propia, todavía dirige una interrogacion tierna (v. 42); y hasta que considera perdida toda esperanza, entabla una desconsoladora comparacion entre su destino y el de los objetos que tiene presentes (v. 43 y siguientes).

Abismado en su melancolía se distrae completamente; sus sentidos corporales le dominan y le fijan en las cosas sensibles; llega á olvidar que un espíritu anima su cuerpo, y sólo percibe que sus dias felices no volverán, cómo ha de volver la primavera. ¡Pensamiento profundo! el materialismo hace al hombre inferior à la yerba que pisa, à la hoja que el huracan arrebata; el materialismo, que todavía no está probado científicamente. Pero Navarrete sabe que existe algo más allá de este mundo, tiene esa creencia consoladora, y sus gemidos se convierten en una dichosa calma recordando su destino inmortal. ¿Qué consuelo más sublime, más completo, podía encontrar la imaginacion del poeta?

48 Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?

49 ¡Ah! luz consoladora,

50 Que del solio estrellado se desprende.....

51 Más allá de la vida fatigada.....

52 Sí, de la vida cruel que tengo ahora,

53 Cuando sea reanimada

54 Esta porcion de tierra organizada,

55 Entonces, por influjos celestiales,

56 En los campos eternos

57 Florecerán mis gustos inmortales

58 Seguro de los rígidos inviernos.

Esta conclusion es breve como debe serlo, porque un recuerdo viene instantáneamente y trae otros de la misma manera, produciendo un conjunto de raciocinios y consecuencias. Así Navarrete recuerda repentinamente que hay una vida mejor que esta, y en el mismo momento se consuela: no hay necesidad para ello de largos y profundos discursos, porque no se trata de convencer, sino únicamente de recordar una creencia que no necesita pruebas.

La metáfora de que se vale nuestro autor (v. 48 y s.) es muy propia, porque la luz es un agente á propósito para simbolizar la claridad de la concepcion intelectual y la velocidad del pensamiento: el poeta percibe inmediatamente los campos eternos, los gustos inmortales, de manera que cuando concluímos la lectura de la poesía que nos ocupa, no podemos ménos de exclamar con un escritor: ¡Dichosos los que creen! Porque, en efecto, si despues de sufrir todas las adversidades, de probar todos los desengaños, de perder todas las ilusiones, hubiéramos de terminar con la vida terrestre, no quedaría al hombre otro recurso en sus males que la desesperacion y el suicidio. Pero ¡qué aspecto tan diferente toma la vida humana cuando se considera cómo un momento de prueba, cómo el tránsito para una vida mejor! Entónces, allá en medio de nuestras silenciosas reflexiones, podemos elevar los ojos al cielo y preguntarnos donde estará ese mundo desconocido que habitaremos algun dia, y cuál es el lugar en que moran los séres amados que nos arrebató la muerte.

Sub pedibusque vident nubes et sidera.

Tales son las reflexiones que sugiere la composicion de Navarrete. En cuanto á su forma, fácilmente se observa que el lenguaje es correcto, la versificacion sonora y el estilo poseé convenientemente un tono melancólico.

Los defectos que se notan son tan pocos, que no bastan á destruir la calificacion de excelente que merece, en nuestro concepto. En el verso 5º se usa impropiamente el sustantivo esqueleto al parecer cómo adjetivo en lugar de desnudo, seco ú otro calificativo semejante; el verso 53 carece de soltura, porque dos ocasiones usa el poeta la sinéresis contrayendo se-a y re-animada. Ya hemos visto antes que Meléndez y otros usan sea cómo de una sílaba; pero tambien hemos reprobado el abuso de la sinéresis, y en el presente caso no está bien que se repita dos veces en un mismo verso. En el 30, aunque se usa cómo de dos sílabas teniendo

tres; pero este es uno de los casos en que no es censurable nuestro autor, en primer lugar, perque no hay otra contraccion inmediata que debilite el verso, y en segundo lugar porque es comunísimo en los poetas españoles usar aun cómo diptongo.

Las Elegias de Navarrete tienen el mismo carácter que la Noche triste y Los ratos tristes, y no hay nada notable que añadir respecto de ellas, si no es que nos parecen de ménos mérito.

En las poesías sagradas de nuestro autor, lo primero que llama la atencion es el poema eucarístico intitulado La Divina Providencia.

El poeta comienza por manifestar el error en que ha incurrido otras veces dedicando sus poesías á las cosas frágiles del mundo; pero añade que la verdad le alumbra desde el cielo, y que elevará sus cantos para alabar á la Providencia Divina. Sin embargo, conociendo su insuficiencia para desempeñar asunto tan elevado, exclama con fuerza:

¡Oh! si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia,
Entónces la poesía
Empleara cómo debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos
Sus sienes ceñiría
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.

Dirigiéndose despues al hombre para que advierta los cuidados que Dios le dispensa, dice con acento agradecido:

Alza, mortal, los ojos, vé y admira Los cuidados de Dios siempre velando Sobre toda la gran naturaleza: Mira los bienes, los regalos mira Que está siempre manando La fuente perenal de sus ternezas: Todo anuncia cariños y finezas Del padre universal, del Dios de amores, Que al mirar nuestra débil existencia Nos colma de favores: Todo anuncia su amable Providencia.

Pero ¿de qué manera más elocuente se puede ensalzar la Providencia Divina, si no es describiendo sus admirables obras? Penetrado el poeta de esta verdad pasa á hacer una pintura de las diferentes escenas de la naturaleza comenzando por esta agradable descripcion:

Ríe el alba en los cielos, avisando Que viene el claro dia, Y luego asoma el sol resplandeciente, A cuyo fuego blando Restaura su alegría Y su vital calor todo viviente: Sólo Dios puede ser tan providente. Su infatigable empeño Áun en lo más pequeño Se muestra cuidadoso: Porque ¿quién sino el Todopoderoso Dice á las aves, al dejar sus nidos, Que vuelen en bandadas · A los anchos y fértiles egidos, Para volver cargadas A socorrer sus míseros hijuelos, Que al padre de los cielos En flébiles píadas Le piden el sustento? Sólo Dios puede hacer este portento.

¡Con qué oportunidad, más adelante, pone en contraposicion la unidad filosófica de Dios con la pluralidad anárquica de la teología griega!

Todo lo riges acertadamente, Sin que lleve Eolo El carro de los vientos, ni Neptuno El cerúleo tridente:
Porque tu cetro sólo,
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno de Dios que lo sustenta.

Pero si hubiéramos de señalar cuantas bellezas contiene el poema, sería necesario copiarle todo, porque apénas se descubre en él uno que otro lunarcillo, algun adjetivo impropio, rara expresion prosaica, rarísimo verso flojo. Lo que domina en la composicion de Navarrete son los pensamientos filosóficos, la propiedad en las voces, la elevacion del estilo y una versificacion sonora y robusta. El poeta desempeñó bien el asunto que escogió; y el asunto no podía ser más sublime, el mismo que cantaron los poetas hebreos: en ellos es donde se vé, con su carácter primitivo, la idea de Dios cómo dueño y providencia del mundo; Dios separado de la materia, distinto de la naturaleza, y personificado en su unidad absoluta. Bajo este concepto, la imaginacion no concibe al Sér Supremo, en sí mismo, porque sería profanar su esencia puramente espiritual, sino que se fija en las relaciones entre Dios y el mundo que ha creado.

Otro poema de nuestro autor tiene por objeto celebrar la Concepcion inmaculada de María Santísima, y lo hace con entusiasmo: casi todo el poema se halla escrito en octavas, y sus pensamientos y figuras son propias del género místico á que pertenece. Pocos defectos se encuentran en esta composicion.

La alma privada de la gloria es el título del tercer poema de Navarrete, y haremos adelante análisis particular de esa composicion, para formarnos una idea más completa de nuestro autor.

Además de las composiciones referidas, Navarrete produjo otras muchas, ensayando todos los géneros y todos los metros: entre ellas hay algunas que carecen de mérito; pero otras son dignas de mencionarse.

En 1809 escribió un canto en octavas, á honor de Fernando VII, de mérito tan notorio, que fué premiado por la Universidad de México, con dos medallas de oro y cuatro de plata. Tratándose de una composicion ya juzgada, nos creemos dispensados de analizarla.

De tres letrillas que se encuentran entre las composiciones sueltas de Navarrete recomendamos la intitulada Rosa del valle.

Entre otra clase de poesías cortas de Navarrete pueden pasar cómo de algun mérito los *Juguetillos á Clori*, alguna décima, alguna fábula, varios epigramas, una silva y un idilio.

La composicion que vamos á examinar ahora "La alma privada de la gloria" pertenece al género de los llamados poemas menores, los cuales se especifican con diversos títulos que indican su objeto. Navarrete dió al suyo propiamente el calificativo de lúgubre porque, en efecto, nada más triste cómo el cuadro que se propuso pintar, es decir, el de un mal que no tiene fin. Las penas de la vida por horribles que sean encuentran un remedio infalible que es la muerte; pero la imaginacion se pierde aterrorizada ante el espectáculo de penas eternas. Cómo nuestra obra es puramente literaria, no nos toca discutir el efecto moral que produce la creencia en la eternidad de las penas; pero no hay duda que son de un efecto artístico evidente, y excede al que puede presentarse con el infierno de los antiguos griegos, donde las penas se miden por las de la vida terrena, así es que no excitan en nuestro ánimo ninguna impresion viva.

La descripcion del infierno cristiano no se ha desempeñado, sin embargo, á entera satisfaccion de los críticos, y Dante, Tasso y Milton han sufrido censuras, aunque concediéndoles trozos excelentes: bastan esos trozos, principalmente en Dante, para conmover vivamente, y para que la imaginacion conciba hasta donde puede llegar el dolor.

Hechas estas reflexiones, veamos cómo Navarrete desempenó su tarea en los límites que se propuso.

- 1 Para triste desahogo de la pena
- 2 Que en lo interior me agita,
- 3 Lloro la triste y espantosa escena

4 Del alma en el instante,

5 Que escucha la sentencia de precita.

Introduccion en que el poeta manifiesta el objeto de su escrito. En el verso primero hay una sinéresis (en desahogo) de las que creemos permitidas.

6 Vuelve á mis manos, vuelve,

7 Mi citara sonante,

8 Que en más alegres dias

9 Acompañabas mis festivos versos.

10 Hoy el númen resuelve

11 Que lleves el compás de la alegría,

12 Y por tonos diversos

13 La acompañen tus cuerdas, entre tanto

14 Que desato los diques de mi llanto.

Apóstrofe que dirige el poeta á su lira. En este trozo y el anterior se expresa un sentimiento muy natural: el hombre cuando está dominado de una pasion quiere desahogarse hablando, llorando, manifestando sus ideas por signos exteriores.

Por tonos (v. 12): parece que debería usarse aquí la preposicion con; pero está bien por, pues el poeta lo que trata de indicar es el modo con que las cuerdas de la citara acompañan la alegría, es decir, por medio de tonos diversos.

15 Luego que la memoria me presenta

16 Cómo en vasto proceso mis delitos,

17 De que se turba la horrorosa cuenta,

18 Entónces la tormenta

19 Crece de mis temores y conflitos:

20 Y entónces, cual si fuese arrebatado

21 Al tribunal temible

22 Del Juez contra mis culpas irritado,

23 Miro su rostro de furor bañado,

24 Escucho de su boca la terrible

25 Sentencia de dolor y llanto eterno:

26 Siento el brazo de un Dios irresistible

27 Que me arroja á las llamas del infierno.

Dante se contentó con ver por sus propios ojos las penas de los condenados; pero Navarrete quiso producir mayor efecto considerándose él mismo sentenciado por Dios, y efectivamente es el punto hasta donde puede llevarse la imaginacion.

Conflitos (v. 19) en lugar de conflictos es una licencia poéti-

ca de las permitidas.

Llanto eterno (v. 25). Locución concisa y expresiva para demostrar de una manera sensible las penas del infierno.

Dios irresistible (v. 26). Fr. Pedro Manero, autor castizo, dice en su Apología de Tertuliano: "Los espíritus son fuerzas casi irresistibles." En el mismo sentido usa Navarrete el adjetivo irresistible, con mucha propiedad: omitiendo el casi cómo conviene á la idea que tenemos del poder de Dios. La locucion de Navarrete hace palpable nuestra debilidad, respecto á la fuerza del Todopodercso.

28 Desde que este cuidado me rodea,

29 Melancólico vago por el mundo.

30 Cómo hurtando el semblante á la alegría.

31 Conforme sólo con mi triste idea

32 Son tus lúgubres sombras, tu profundo

33 Silencio, noche oscura. El claro dia

34 En vano para mí su luz enciende:

35 La ciudad, su rumor, todo me ofende,

36 El espanto se sigue á la tristeza,

37 Y el más leve rüido

38 Me parece el horrísono estallido

39 De un rayo que me hiende la cabeza.

40 La imágen de la muerte á cada instante

41 Se me pone á los ojos;

42 Pero aun mas me horroriza tu semblante,

43 ¡Eterno Dios! de donde se desprende

44 Contra mi alma el raudal de tus enojos

45 Que en tu furor la enciende.

46 ¿Fallezco? en el instante me parece

47 Que el hermoso espectáculo del mundo